



actuando como opioides. Nos habló de las endorfinas producidas por la glándula pituitaria y unas células del cerebro que actúan esencialmente sobre los receptores opiáceos a través de partes del sistema nervioso central, de modo que el cuerpo se encuentra equipado en forma natural para reducir él mismo la sensación de dolor. A partir de 1975 se había mostrado que la relación endógena para los receptores opiáceos era realizada por los peptidos llamados encefalinas, sobre todo la endorfina y la dinorfina. Nos habló de los casos de chamanes investigados por conocidos fisiólogos y psiquiatras, y cómo se habían impresionado especialmente con dos de los síntomas presentados por todos los chamanes: el estado de “detachment” o separación del mundo físico, que los hace parecer en estado de euforia o de éxtasis, y su capacidad para no sentir el dolor físico.

Nos mostró todo esto la gran importancia de los enfoques pluridisciplinarios para comprender un fenómeno, y esto me ayudó entonces, incluso, a estructurar una tipología de los trances que yo había observado en mis trabajos de investigación, cosa que está en mi libro “La enfermedad como lenguaje en Venezuela” (publicado por primera vez en 1989) donde hablo de esta interesante experiencia de acercamiento antropológico-neurofisiológico, logrado gracias al interés, a la curiosidad científica y a la buena voluntad de Luis.

Por cierto, tendré que buscar otra reunión con él ahora, ya que han pasado varios años y es probable que hay ahora muchos más adelantos en el campo que él estudia; por ejemplo, que me pueda hablar de la neuroplasticidad, o de la circunvolución de Heschl que tiene el cerebro de los músicos... Tengo que invitarlo otra vez a mi clase, pero esta vez para el Doctorado en Antropología que se acaba de fundar en la ULA.

Son muchas las cosas que se podrían decir de Luis Hernández, pero creo que lo más importante de todo es que, además de ser un gran científico, es antes que todo un gran amigo y...un excelente cocinero.

Sobre Luis Hernández Unas palabras de José Manuel Briceño Guerrero

José Manuel Briceño Guerrero*

Supe de él, por una muchacha que se quejaba de no haber podido llamar su atención. La encontré después, ya graduada de médico, jugando con un turpial de peluche.

En una cervecería escuché estudiantes hablando contra ese turpial, que les exigía más conocimientos de “físio” que los necesarios para ser médico.

Unos dirigentes políticos me hablaron con amargura de los mordaces comentarios del turpial sobre la inutilidad ridícula de sus esfuerzos. Mi hermano J. J. me ponderó las artes culinarias del turpial.

Cuando estuve en Princeton, al saber que yo era venezolano, me contaron los logros científicos de un coterráneo mío llamado Luis Hernández. Lejos estaba yo de saber que se trataba del turpial.

Lo conocí personalmente cuando asistió a un curso mío de Filosofía para investigadores. Tenía una traducción inglesa de la *Crítica de la Razón Pura*, se encargaba de leerla y comentarla en las clases lentas del Postgrado Lento. Su intento de comprender a Kant desde la Fisiología del cerebro fue muy estimulante, en mucho intento de abordar la Crítica con todos los medios disponibles. Admiré su perseverancia y su eficacia de investigador. Perseguía los temas con implacabilidad de sabueso y se salía con la suya.

Admiro su inteligencia y su bondad. Me sumo con gusto a este homenaje universitario. Admiro y agradezco su amistad, la lúcida lealtad de sus querencias y ese valor a toda prueba que le ha permitido como a nadie ser fiel a sí mismo.